

# Don Martín de Córdoba y Velasco, Capitán General de Carlos V en Túnez

POR

JOSE VALVERDE MADRID

El cuarto centenario de la muerte en Yuste del Emperador Carlos V coincide con la muerte frente al enemigo de uno de sus más bravos capitanes: Don Martín de Córdoba y Velasco, primer conde de Alcaudete. Vamos a narrar brevemente su vida y aventuras.

Había nacido don Martín de Córdoba en la capital cordobesa en los últimos años del siglo XV, sin que hayamos podido precisar la fecha exacta de su nacimiento y era hijo de Don Alonso Fernández de Córdoba, quinto señor de Alcaudete y de Doña María de Velasco, de la casa nobilísima de los Condestables de Castilla. La casa paterna estaba muy ligada a la historia cordobesa, su ascendiente en línea recta Don Alonso Fernández de Córdoba, quinto abuelo suyo, fué el salvador de Córdoba en el año 1368 en el Campo de la Verdad, y su cuarto abuelo el defensor heroico de Alcaudete, su tercer y segundo abuelo murieron frente al enemigo en Moclín. Una linda ejecutoria de servicio de la cristiandad que completaría la vida heroica de su descendiente.

Las fuentes para su estudio las tenemos aparte del magnífico archivo de la casa Ducal de Frías, conservado en el castillo de Montemayor, en las obras de los cordobeses Juan Ginés de Sepúlveda «Carta a Felipe II», publicada en el año 1560, Baltasar de Morales en su «Diálogo de las Guerras de Orán», primeramente impreso por Francisco Cea en Córdoba, el año 1593, y Martín García de Cereceda en su magnífico «Tratado de las campañas de Carlos I», sin olvidar las obras de Morales y Padilla sobre «Historia de Córdoba», en manuscrito, y la del Abad de Rute «Historia de la antigüedad de la casa de Córdoba». Otro fiel relato de sus campañas lo tenemos en la obra de Francisco de la Cueva «Relación de la guerra del reino de Tremecén por el Conde de Alcaudete en tiempos de Carlos V», publicada juntamente con la obra de Baltasar de Morales en el tomo 15 de la Colección de Libros Raros o curiosos del Marqués de la Fuente-santa del Valle y Sancho Ragón, bajo el título de «Guerra de los

Españoles en Africa», Madrid, Ginesta, 1881. El relato de la muerte del conde está bien tratado en las obras de León Galindo Vera, «Historia, vicisitudes y política tradicionales de España respecto de sus posesiones de la costa de Africa», publicada por la Academia de la Historia en el año 1884, y en el manuscrito de Gabriel de Contreras «Relación de lo sucedido al Conde de Alcaudete desde el 3 de Julio, que salió de Cartagena con su armada, llegando el 6 a Orán y el 14 a Málaga, habiendo desembarcado seis mil hombres», conservado en la Biblioteca del Escorial.

Cronista gráfico de la campaña africana del Emperador fué el flamenco Vermeyen, apodado Barbalunga por el tamaño de su barba, del que, aún perdiéndose los dibujos tomados en las campañas del César, tuvo la suerte de que con ellos se tejieran los magníficos tapices del Palacio Real de Madrid, de cuya obra reproducimos dos cuadros en este trabajo. Aparte de la obra de Vermeyen no hay más cuadros de historia de la gesta africana que las pinturas de los italianos Julio Arquides y Alexander Mayner, en los muros del Peinador de la Reina en la Alhambra de Granada. Obra de menos calidad que la de Vermeyen, reproducimos una foto de uno de los cuadros para su comparación con la de aquél.

La primera noticia documental que tenemos de Don Martín de Córdoba es la del documento de 13 de Febrero de 1516, por el cual se ordena se devuelvan a su tenencia los cortijos Cebadera y Fuente de la Vega, que tenía en litigio con su pariente don Baltasar de Córdoba. Los cuantiosos gastos del pleito en la Chancillería granadina le obligan a vender, en el año 1518, por documento de 22 de junio, parte del cortijo La Ratosa y dos pares de casas, en la collación de San Pedro, cordobesas.

Es nombrado, en el año 1520, corregidor de Toledo nuestro biografiado y al año siguiente compra unas casas en la collación de San Sebastián, en Córdoba, a un tal Francisco Fernández é instala unos molinos de aceite; al año siguiente compra unas casas en la calle Compañía, del pueblo de Alcaudete, a Juan García, según documento de fecha 1 de mayo de 1522, ante el escribano Ojeda

Contrae matrimonio en el año 1524, con Doña Leonor Pacheco, ya que el mismo año aparece ratificando ella la transacción del pleito que mantuvo Don Martín con Don Garci Méndez de Sotomayor, señor de El Carpio, sobre las aguas que discurrían del molino del Cortijo La Ratosa.

Era Don Martín de Córdoba de carácter enérgico y violento, co-



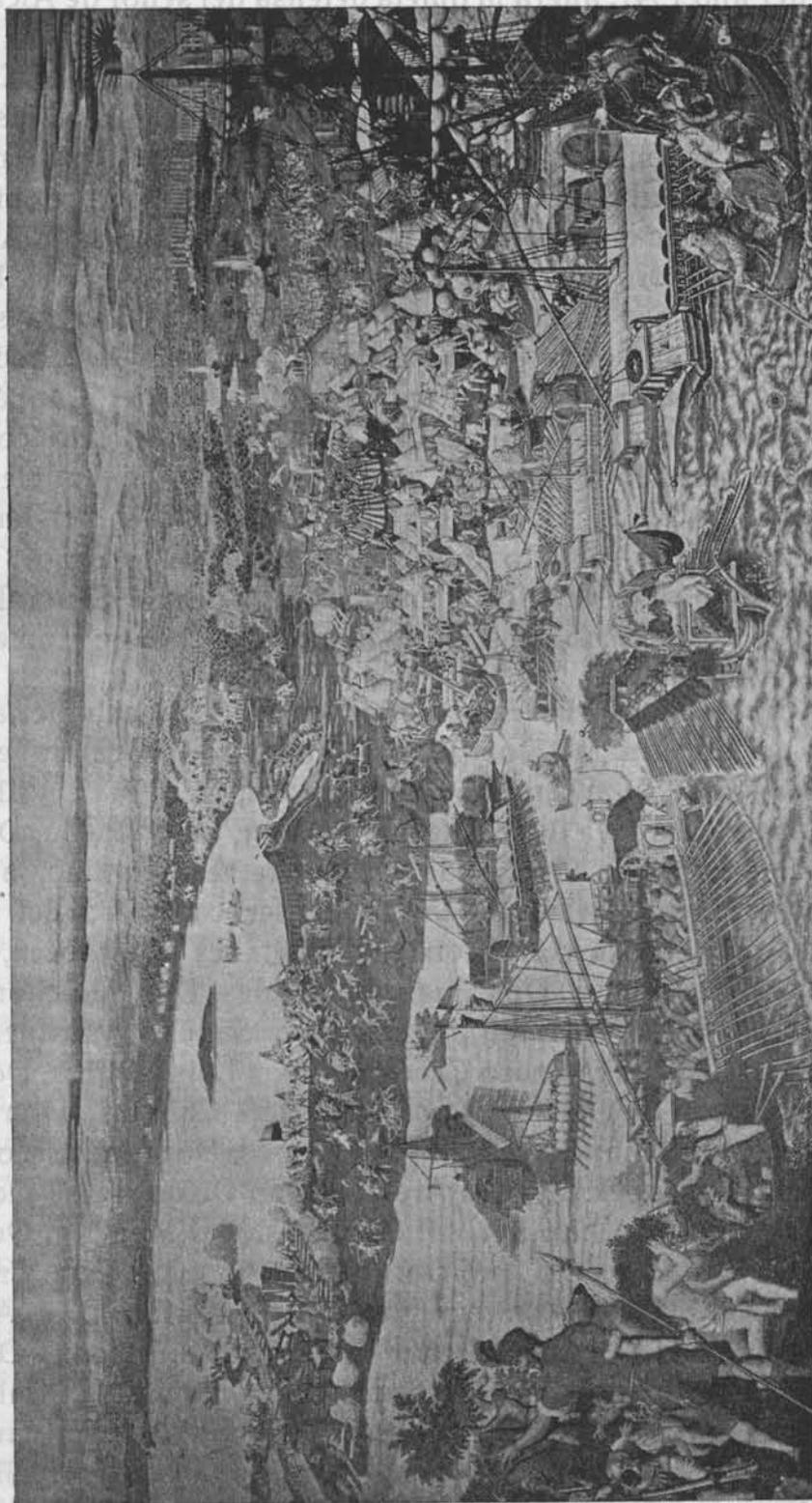
Vermeyen. •La conquista de Túnez».—Tapiz del Palacio Real de Madrid.—Foto Ruiz.

mo se demuestra por el número de pleitos que mantuvo durante toda su vida. Más no estaba a gusto nuestro biografiado en Córdoba, la vida sedentaria no era para él. Se enrola con su gente de guerra a las órdenes del Gran Duque de Alba, con el que se destaca en el sitio de Fuenterrabía y pasa de Maestre de Campo a Capitán General del reino navarro y luego a Virrey Lugarteniente del mismo. Su fama corre por toda Castilla y es de los más jóvenes componentes del Concejo de Su Majestad Imperial, cargo que desempeñaría hasta 1534. Este año pide incorporarse a la vida activa de las armas y es destinado al Cuerpo Expedicionario de Africa, donde había ya muchos cordobeses, pues las tropas de su pariente, el Alcaide de los Donceles, conquistador de Orán, estaban compuestas casi exclusivamente de andaluces. Salió el Cuerpo Expedicionario en Abril de 1535 para dar la batalla a Barbarroja y al turco Solimán, con la ingente suma de 30.000 hombres de desembarco mandados por el príncipe Emperador. Nos dice Cereceda (1) que las columnas eran mandadas por el Duque de Sesa, el Marqués del Valle y el Conde de Alcaudete, bajo el mando del principal mariscal o caudillo, el Duque de Alba. En una campaña relámpago Carlos V se apoderó de La Goleta, Utica, Cartago y, por fin, el día 21 de Julio, tras una penosa marcha en un clima de infierno y padeciendo sed, se apoderó de Túnez. Caen después Bona y Bizerta. El día 20 de Agosto de 1535 dá el César por terminada la campaña de Túnez y reembarca con sus tropas en dirección a Italia y es nombrado don Martín de Córdova, Capitán General de los Reinos de Tremecén y Túnez.

En el año 1536 le vemos disfrutando de un corto permiso en la península, ya que aparece en la escritura de fecha 20 de septiembre haciendo donación a su hijo menor Carlos, que se había quedado guardando su hacienda de doscientas cincuenta fanegas de tierra. En esta escritura ante el escribano Espinosa se le dá el tratamiento de Capitán General. Vuelve nuevamente a Africa para encargarse del mando del Ejército Español, haciéndose constar que, como había dicho Carlos V, no tuviera un solo ducado para el mantenimiento de sus tropas, lo que le maravillaba, así que, a base de botín cogido al enemigo tenía que sustentar el escaso ejército que, desde 1535, mantenía firme el bastión español en tierras africanas. Contaba solamente con 3.000 infantes y pocos caballos.

La toma de Tremecén por el enemigo, envalentonado por la rota

(1). Ob. cit. tomo III, pág. 3.



Vermeyen. «La conquista de Túnez». Tapiz del Palacio Real de Madrid. — Foto Ruiz.

de Argel del año 1541, altera la quieta defensa del señor de Alcaudete, quien vuelve a la Península a reclutar refuerzos con objeto de reconquistar aquella plaza de la que era Capitán General. Más el Concejo de Su Majestad no le puede dar fondos, estaban exhaustas las arcas españolas. No se amilana Don Martín, vende dos cortijos de muchas yugadas de tierra en 80.000 maravedíes cada yugada y celebra una reunión en Montemayor con sus parientes los señores de Albaida, Don Martín de Córdoba, Don Diego Ponce y el señor de Fernán Núñez. Los convence en colaborar en la empresa africana y se celebra una gran parada en la plaza mayor de Montemayor donde desfilan cuarenta y cuatro banderas capitaneadas por el Capitán General que tenía, según nos dice La Cueva (1), un escudo colorado con cruz de Jerusalem de oro y el hábito de Santiago en medio de la cruz, pues el Conde era Caballero de dicha Orden, el lema era «Tu in ea et ego pro ea». Lo que quería decir: «Vos Señor, vencisteis en ella y yo venceré a los enemigos de Nuestra Santa Fe por ella». Aún persiste como lema del escudo del pueblo de Montemayor tan bella leyenda.

En el desfile iban primeramente los soldados de caballería capitaneados por su General Don Juan Pacheco y los capitanes Don Mendo Benavides, Don Jerónimo de Córdoba, Don Juan Villarroel, Don Alonso Hernández de Montemayor, Don Luis Rueda, Don Pedro Valdelomar y Don García de Navarrete, este último, además, como Alcaide y Alférez estandarte por ser camarero del Conde. Después seguía la infantería con sus capitanes a la cabeza, se llamaban Don Juan Cueva, Don Juan Benavides, Don Melchor Villarroel, Don Hernán Pérez del Pulgar, Don Sancho Martínez, Don Alonso Ochoa, Don Francisco Carranza, Don Luis Medina, Don Luis Alvarez (El Mozo y el Viejo), Don Francisco Cabrera, Don Pedro Vilches, Don Juan Martínez, Don Juan Torres, Don Francisco Acosta, Don Juan Cerda, Don Pedro Aranda, Don Diego Vera, Don Luis Sotomayor, Don Rui Díaz Tovilla, Don Cristóbal Morales, Don Diego de León, Don Pedro Castro, Don Martín Angulo, Don Cristóbal Cobaleda, Don Diego Sotomayor, Don Juan Carrillo, Don Antonio Aguilar, Don Pedro Aguilar, Don Pedro Sánchez Pericón, Don Rodrigo Hernández, Don Francisco Sánchez, Don Juan M. Cabeza de Vaca, Don Juan Sanmartín, Don Francisco Arroyo, Don Juan Pérez Mescua, Don Francisco Rojas, Don Juan Daza y otros apellidados Clavijo, Verdugo, Mena, Vázquez, Caro, Herrera y Cárdenas.

(1) Ob. cit. pág. 10.

La salida fué fijada para el día 12 de Diciembre de 1542 donde embarcaron pero fueron sorprendidas las galeras donde iban los 4.000 infantes y caballos por un furioso temporal que disgregó los navíos, apareciendo unos barcos en Alzeo y otros en Mazalquivir y solamente hasta el día 22 de Marzo de 1543 no pudieron juntarse todos los efectivos en Orán, desfilando ante el Conde y el aliado árabe Muley-Abu-Abdalá en número de trece mil guerreros. La noticia de tal alarde de fuerzas llegó a oídos del enemigo ofreciendo con unos emisarios Muley Mohamed, primeramente 200.000 ducados al Conde si no avanzaba, y en vista de su negativa dobló la oferta obteniendo el mismo resultado negativo, por lo que el Rey de Tremecén se dispone rápidamente a formar un cuerpo de ejército musulmán, comprando a muchos xeques para que se fueran con él y no con los cristianos. Y llegó el día 27 de enero de 1543. Salieron al amanecer trece banderas con un total de 8.000 infantes y doscientos caballos. El Conde comulgó aquella misma mañana con su hábito blanco y marchó a pie como los capitanes de sus tropas, ya que los caballos los utilizaban para llevar los sacos de bizcochos y los bastimentos de guerra. A los pocos días ocurrió la primera escaramuza con los moros que aprovecharon el paso por un terreno con lodo profundo para atacar a los cristianos. El Conde dió un grito de ataque, un «Santiago», como se llamaba en la técnica militar de los tercios del Emperador y con el Maestre de Campo Villarroel, que mandaba la vanguardia, ahuyentan al enemigo que pierde muchos soldados. Aquella noche advirtió el Conde que pusieran hachas encendidas para que se supieran los límites de las tropas cristianas no fueran equivocadamente al campo contrario y los degollaran los moros.

El día 3 de febrero se realiza el paso del río Tibida, la columna cristiana es cerrada por los caballos que la flanquean, formando la vanguardia 1.500 picas con doscientos caballos al mando de Alonso de Montemayor y Luis Rueda, atacados fuertemente por el enemigo tienen que luchar con el agua a los pechos, siendo heridos los capitanes Don Juan Zapata, Don Diego Ponce, Cueva y Cerda.

El día 5 de febrero en la batalla contra los moros de Hauda-Beni-Afar en la que intervinieron 8.000 caballos moros y 60.000 infantes contra trescientas lanzas cristianas y 12.000 infantes, la intervención del Conde fué decisiva, pues después de haber entregado el estandarte al alférez Valdelomar diciéndole: «Catá, Caballero, que os encomiendo mi honra», se lanzó con la espada en alto contra el

enemigo como un rayo y a la cabeza de la vanguardia. Dos batallas sangrientas se dieron en el mismo día contra la morisma y en ambas ganó Don Martín la pelea, cayendo en su poder el estandarte enemigo colorado con flecos verdes. En la segunda lucha cayeron heridos los capitanes Diego Ponce y Tovilla. También se luchó en la retaguardia, pues amenazado su hijo Francisco de Córdoba, hubo que mandarle refuerzos para que contuviera las tropas que le atacaban por la espalda. Entró el Conde triunfante en Tremecén al siguiente día, poniendo un rey que fuera vasallo del Emperador Carlos V, y tomando 2.000 moros y judíos prisioneros, dando a los soldados el quinto del botín, consistente en joyas, aderezos, plata, ganado y esclavas. Rescató una campana cristiana que la utilizaban los moros en la mezquita como lámpara en Tremecén, esta capital, cuentan los cronistas, que se asemejaba tanto a Ecija que la llamaban la segunda Ecija.

Se aposentó el Conde en los días que estuvo en Tremecén en el Mexuar, saliendo de escaramuzas muchos días, uno de ellos en compañía del renegado cristiano, Alcaide que era de la ciudad, Abraen, conquistando una columna de 350 camellos con todos sus bastimentos. Otro día que salió el Alférez Carrillo en compañía de tropas moras adictas al Conde, éstas, en el lugar llamado Los Molinos, acordaron sublevarse y mataron al desgraciado Capitán hiriendo gravemente al también capitán, Don Jerónimo de Córdoba. Más había que volver a Orán pues la táctica para combatir a los moros era a base de campañas rápidas con vuelta al lugar de salida, cosa que haría Rommel muchos siglos más tarde y que tiene tan rancios precedentes en los Generales españoles. Era Don Martín de Cordova el zorro del desierto en el siglo XVI. Aparecía en los aduares de los moros cuando estos menos lo esperaban, se enteraba del abastecimiento del enemigo desde los puertos africanos y salía con sus columnas de noche y se apoderaba de los bastimentos y pellejos de agua, tan caros o más que las municiones en aquellos desiertos. En una escaramuza llegó a apoderarse de nueve piezas de artillería que los turcos mandaban a los argelinos. Sus campañas ofensivas llegaron, en ocasiones, a más de treinta leguas de su campamento.

Un problema importante se planteó en el regreso a Orán para preparar desde allí la toma de Mostagán, que fué el de la impedimenta. Había demasiados esclavos y demasiado botín, tanto es así que en una reunión con sus capitanes, propone Don Martín, matar

a los primeros y abandonar el segundo, no es posible una defensa eficaz con tanta impedimenta, les dice, pero el señor de Albayda le contesta: «Acuérdate que eres bisnieto de Don Martín Alonso, el del buey cojo», lo que le decide a permitir aquella terrible columna de esclavos. Su bisabuelo en las talas en los campos granadinos en una ocasión entre las reses que había capturado había un buey cojo y cuando se quedaba rezagado y se apoderaban nuevamente de él



Alejandro Ferrant «Desembarco africano».- Museo de Cádiz.-Foto Reymundo.

los moros, volvía sólo o con su escudero y a mandobles con su espada de dos manos lo capturaba y no se perdía ni una res Cereceda (1) nos habla de la cantidad de mujeres que arrastraban los Tercios españoles y de que una vez un Maestre de Campo dió una contraseña a cada una de ellas para que solamente las que la tuvieran siguieran a las tropas y un día se ahorcó a una ante los Tercios formados pues no estaba autorizada para seguirlos

La llegada a Orán coincide con la muerte, a consecuencia de sus heridas, de Don Jerónimo de Córdoba, el entierro fué muy solemne desfilando las banderas tendidas y los músicos con los tambores destemplados ante su féretro. Los heridos y enfermos son mandados a España en la nao «Los tres reyes». Su marcha por el desierto los había debilitado mucho y eso que los caballeros llevaban en sus ancas a los que más podían, incluso el Capitán General, quien, sin embargo, era duro con el que se fingía herido, así quitaba las ven-

(1) Ob. cit. pág. 296.

das manchadas a los soldados para ver si era verdad la existencia de heridas, a otros les daba con su lanza para que no se quedaran atrás y una vez que hirió a uno le regaló doscientos ducados y dos esclavos.

A los quince días de estar en Orán, suenan las trompetas para la nueva ofensiva, la de la toma de Mostagán, se preparan cinco mil arcabuceros y ballesteros, 160 lanzas, cinco tiros de campo y una batería, llevándose bastimentos para cuatro días. Un buen aliado moro va con el Conde, el Xequé Guirref, quien salvado por aquél en una emboscada que le tendieron los moros, le acompaña con 300 caballos. El avance se hace por la costa y es hostilizada la columna por las galeras turcas que disparan sin cesar contra ella. Una galera es volada de un cañonazo cristiano. La toma de Mazagrán es el preparativo para la batalla contra los ciento cincuenta mil guerreros árabes que le atacan. Mueren muchos de sus capitanes frente al enemigo como lo fué Rueda, y duró la batalla dos días y sus noches, atacando por la espalda al ejército moro. Dícese que el Emperador al saber noticias de la misma, le sorprendía que con tan pocas fuerzas lograra tantos triunfos añadiendo: «Y sin alemanes». El paseo militar del Conde por los arenales de Libia fué duro, más por la sed, que por los ataques moros que se debilitaron ante la suma de cuatro mil bajas que habían sufrido en Mostagán. La vuelta de Orán se realiza el día 1 de Abril y un suceso desgraciado ocurre en la marcha, la sublevación de Don Luis Méndez de Sotomayor quien es mandado fusilar por el Conde. Las enseñanzas del gran guerrero que fué el Duque de Alba, no toleran debilidades en el mando, así era Don Martín de Córdoba. Su fama de duro trasciende de tal manera que cuando un niño de la columna lloraba le decían, «calla que viene el Conde», lo que era suficiente para silenciarle.

La toma de Benarax se hizo bajo el mando de Don Martín, con 2.000 hombres y 70 caballos y al regreso a Orán fué atacado por las fuerzas unidas del xequé Hamida, alcaide Almanzor y Rey Mohamed, teniendo los españoles que defenderse juntando espalda con espalda pues estaban cercados. Tal fué la batalla del aceituno en la que se destacaron dos cordobeses, Valdelomar y Espinel. La cena tuvo que hacerse con lanzas quebradas, pues en aquel desierto no había leña ni agua. Esta nueva victoria llegó a oídos prontamente del Emperador, quien lo mandó llamar para que se hiciera cargo de sus tropas en Flandes, llevándose los emisarios del César, 2.000 hombres para Cerdeña y Barcelona. Encarga entonces el Conde del

mando de Orán a su hijo Alonso, con el cargo de Gobernador, nombra Capitán de caballos a Diego Ponce y de los escopeteros a Juan Ponce. Así nos lo narran Cueva y Morales. Este último nos añade

que el Conde volvió antes a Montemayor, a reponer un poco su caudal, pues le prestaron fondos para su regreso a la península. Después se incorpora a los tercios de Flandes.

Con fecha 28 de Agosto de 1543, toma prestado el Conde de su pariente Don Baltasar de Cordova, la suma de un millón de maravedíes, en forma de venta que le hace a dicho señor, para garantizar la operación, de los cortijos Cebadero y Fuente de la Vega, a 80.000 pesetas cada yugada de tierra. Documento que le ocasionaría disgustos y pleitos que terminarían en la transacción de 15 de Marzo de 1547. En este mismo año vuelve el Conde a Africa y releva a su hijo que va a contraer matrimonio a la península. Nada más llegar organiza un desembarco en Mostagán y al reembarcar es sitiado, muriendo su maestro de Campo, teniendo la suerte un arcabucero, llamado Luis Miranda, de matar al jefe moro que acaudillaba mil infantes y dos mil caballos. Desmoralizados, se aprestaron los moros al repliegue apoderándose el Conde de un



Julio Arquides y Mayner. «La conquista de Africa.—Alhambra de Granada.

Foto Más.

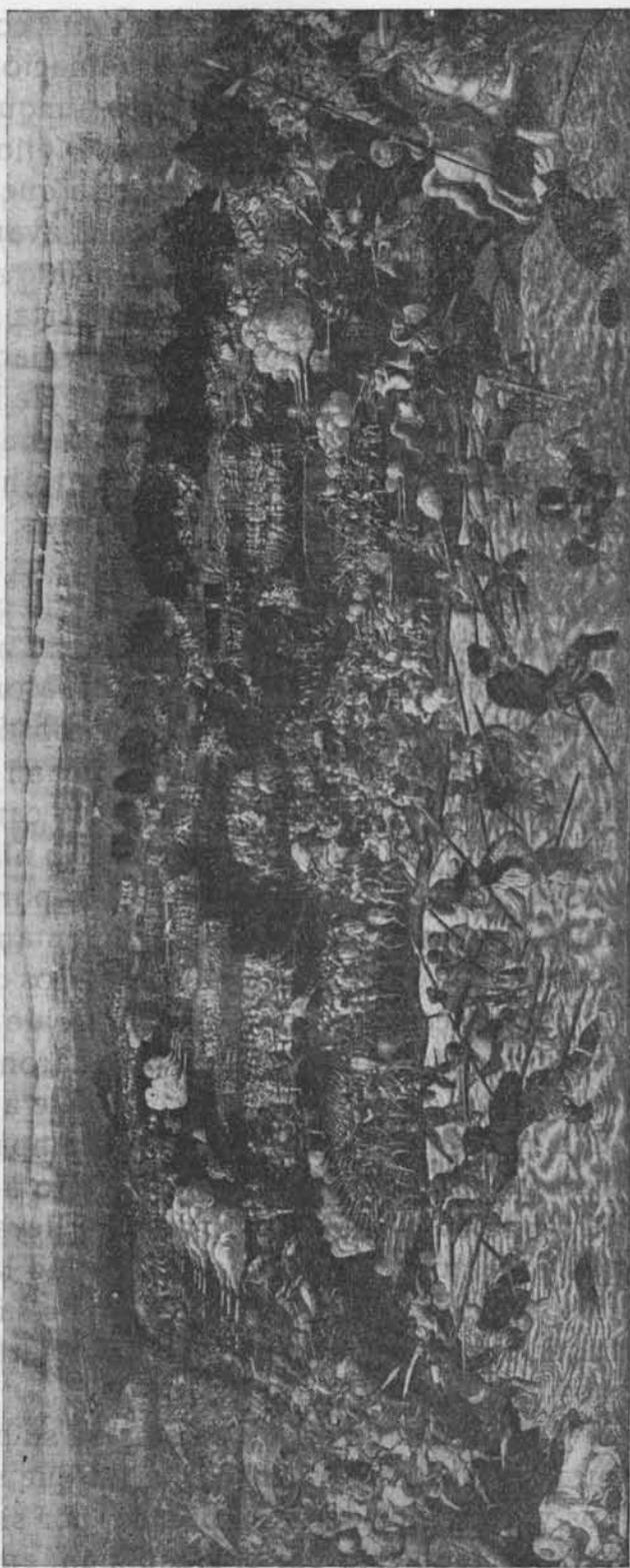
botín de más de mil doblas de oro. Ante la proclamación del nuevo rey de Tremecén, Muley Montarax, el Conde solicita refuerzos de tropas en previsión de un inminente ataque, vuelve con ellos de la península y organiza una batalla colocando a un sobrino del Rey en el trono, pero no contó con el aliado turco, quien movilizó diez mil hombres, los que avanzaron con haces de leña que cegaron el foso de Tremecén, obligando a una retirada del Conde hacia el mar, realizándose un desesperado reembarque en la flota española. Presto al desquite de la batalla perdida, forma el Conde una nueva columna con dos banderas formadas por gente de Priego y Alcaudete, al mando de Luis Rueda y su hijo Martín, combaten primero a los árabes y luego de rotan a los turcos que huyen a Mostagán.

Cuenta Morales, que Carlos V al enterarse, dijo que era cosa nunca vista, vencer una batalla campal después de haber perdido una y retirándose. Más era propósito del Conde rendir Mostagán y solicitó las galeras de D. Bernardino Mendoza, las que embarcó con mucha artillería y después de preparación artillera, con 1.600 soldados y 100 caballos, la rinde, capturando 450 esclavos y más de 10.000 cabezas de ganado, todo lo que repartió a su tropa, volviéndose nuevamente a España tras de nombrar general en Orán a su hijo Martín y por Teniente suyo a su pariente D. Diego Ponce. La vuelta de Flandes fué rápida, pues los argelinos y turcos atacaban a Orán. Nada más que llegar el Conde organiza la defensa, manda pudrir el agua de los aduares por donde llegaría el enemigo, siendo en una escaramuza muy destacado en su acción contra los moros, el Duque de Alburquerque y un artillero que fué premiado con cien ducados por el Conde, por haber inutilizado un cañón turco.

Escribió a España pidiendo refuerzos y, en vista de que habían parado las hostilidades por la epidemia de peste, lo aprovechó para ir a la Corte y pedirlos personalmente, siendo allí recibido por el Condestable y el Almirante de Castilla, mandándole cubrir. Es una de las grandes figuras de la España Imperial. Se le nombra por entonces primer Conde de Alcaudete y los vecinos de Montemayor fundan, según escritura pública de 19 de Julio de 1558, varias capellanías de todas las cuales es patrono D. Martín. Parecía como si previeran que era la última vez que honraría la villa con su presencia. Más no habría de morir en la península el glorioso militar y ante nuevos ataques a las posesiones españolas en Africa, nuevamente es nombrado general en jefe de las fuerzas españolas para resolver la cuestión, en el mes de Agosto de 1558. Nuevamente en Africa cele-

bra conciliábulos con los xeques, convenciendo a Xerique que una sus tropas de color a las españolas y nuevamente emprende una campaña relámpago ante los atónitos ojos de los soldados bisoños, sus mismos hijos Alonso y Martín, que tan bravamente se habían batido casi sin fuerzas, no le aconsejan que avance entre los miles de turcos y africanos que se habían reunido en Mostagán, más él contaba con el poder mágico de su presencia entre el enemigo y con solo treinta caballos y dos mil hombres se destaca hacia los torreones de la ciudad enemiga.

El día 26 de Agosto se encuentran las vanguardias de ambos ejércitos y tras una corta arenga en la que las palabras del Conde restallaban como latigazos, se lanzó al combate. El enemigo fué arrollado ante el «Santiago» del Conde y un abanderado llegó a plantar una bandera en un muro de la ciudad. Por otra parte de ella entraban los refuerzos turcos en tal cantidad que los capitanes se reunieron y aconsejaron al Conde se retirara, éste se negó y



Vermeyen. «Batalla de los pozos de Túnez». Tapiz del Palacio Real de Madrid. —Foto Ruiz

aquellos insistieron de tal manera que, como decía el Presidente Vega, debió descabezarlos por insubordinación. «No quereis la batalla, les dijo, pues mañana se la daremos aunque no la quieran», y volviéndose a su fiel camarero Antillón le dijo con amargura estas palabras. «Me quieren quitar la victoria que tengo ganada». Se reorganizan las tropas en Mazagrán ante el avance enemigo que está en sus puertas y el Conde vuelve nuevamente a decirles a sus capitanes que había que salir a dar la batalla abierta a los diez y ocho mil turcos y argelinos que estaban en las inmediaciones. Entonces se realiza la rebelión de la soldadesca. El plante de los mercenarios nuevos prende como la pólvora entre las tropas. Las voces de que salga solo el Conde a pelear encolerizan a nuestro héroe, quien sale con sus soldados viejos de Orán y sus hijos, más, nada más salir, es herido en un brazo y materialmente copados sus fieles veteranos. Sabe que si salen refuerzos de la fortaleza todavía gana la batalla y vuelve a la ciudad y con voces estentóreas anima a las tropas: «Salgamos a morir y no pierda su honra la casa de Montemayor», les dice congestionado y se dispone a salir por el postigo con Juan Angulo, su fiel cordobés, para unirse a los que luchan fuera. La rebelión de la soldadesca va en aumento, les cruza la cara y los insulta al salir y la desgracia hace que caiga del caballo al que no puede sujetar por la herida del brazo y muere pisoteado por la multitud. Caen más capitanes y varios arcabuceros que intentan disparar contra los moros y éstos entran en el fuerte. Mientras, los que estaban luchando en campo abierto caen prisioneros y es herido gravemente el hijo del Conde, D. Martín. Los moros no respetaron las banderas blancas de los del fuerte y alancearon bárbaramente a los que, creyendo salvar su vida, no salieron a pelear. Se había apagado la estrella mágica que durante veinte años había alumbrado a las tropas españolas. El cadáver de D. Martín el Africano fué llevado a la mezquita de Mostagán para que todos vieran era verdad la muerte del Capitán General cristiano. Hasan Bajá, mandó que le sacaran el corazón para mostrárselo, con gesto cruel, a su hijo Martín. Así murió el primer conde de Alcaudete.

Con objeto de que los restos de su padre tuvieran cristiana sepultura, propuso D. Martín a Hasán, que se los vendiera en 2.000 ducados y que él quedaría en prenda, por si no se los daba, preso en Argel; aceptado ésto por el musulmán, en una acémila son conducidos en un serón a Orán y después a Córdoba, donde son enterrados en la capilla del Mihrab de la Mezquita cordobesa, que había sido do-

nada a su cuarto abuelo por la defensa de Córdoba en el Campo de la Verdad. Para su entierro hay un doblaje especial, el de la campana de la Cepa, privilegio que para los descendientes de aquel caballero se había instituido por el Cabildo cordobés. Su viuda ante sus restos mutilados, dicen que pronunció estas palabras: «Vuelvo un corazón por otro», y profesó en el Monasterio cordobés de Santa Cruz.

Después quedaron los cuatro años de cautiverio de su hijo Martín y de dos mil cristianos más en las mazmorras de Argel y el peregrinaje de la condesa viuda, D.<sup>a</sup> Leonor Pacheco, en busca de fondos para el rescate. No había un solo ducado en la casa, los bienes embargados. Se pidieron fondos a todas las Corporaciones. Hace años había en el Ayuntamiento de Sevilla una curiosa carta de petición de dinero para el rescate y la constancia de la raquítica suma de 300 maravedíes que daba el puerto más rico del mundo para la redención de D. Martín. Púdose al fin, completar la suma de su rescate y son recompensados los hijos del Conde con dos encomiendas, la de Hornachos, para Martín, y la de Navarra y con cargo de Virrey, para Alonso. Años más tarde, fundaría este último una importante Obra Pía para la Redención de Cautivos bajo el Patronato de la Santa Caridad, para que no volviera a ocurrir lo que pasó con su hermano y los veteranos de su padre.

También heredaría el Gobierno de Orán y por sus hazañas agregaría un nuevo cuartel a su escudo de armas con la figura de un rey moro encadenado, el del caudillo de Tremecén, Amir Sulimán, a quien prendería en el año 1565 en los catorce asaltos al arma blanca del sitio de Mazalquivir. La historia se repite. La táctica elástica que inauguraría en los anales bélicos el Conde de Alcaudete, se continuaría en su hijo y, muchos siglos más tarde, en los generales Rommel y Montgomery. Nada hay nuevo bajo el sol.

